designábamos a los que se creen irresistibles. Reconocen ustedes a este... a ver... mírenlo bien... es Diego Barros. Ha sido siempre el mismo, estudioso, encorvado antes de tiempo por el trabajo incesante, mui alto y delgado. Recuerdo que cuando éramos muchachos nos paseábamos en la Alameda y solíamos verlo pasar, tan alto, tan sério, tan lleno de sus estudios y de su labor. Y le gritábamos: ¡Apéate, Diego! ¡Qué obra la que ha hecho este hombre! Es una honra para el pais. Aquí están los Amunátegui y el del medio es Domingo Santa Maria. Fíjese en la diferencia entre lo atildado, lo rebuscado para vestirse que era Santa Maria cuando jóven, y el aire de los Amunátegui, sencillos, prematuramente graves...

A medida que los recuerdos acudian a sus labios, la fisonomia del señor Lillo se iluminaba, la blanca cabellera se nos aparecia como iluminada por el crepúsculo de sus recuerdos.

Recorrimos todavia otras salas, todas llenas de telas valiosas, cuadros de escuela holandesa, italianos de la escuela de Tiépolo, franceses modernos, españoles discípulos de Fortuny y algunos chilenos, entre los cuales recordamos "La Perla del Mercado", obra maestra de Valenzuela Puelma.

—Aquí tengo muchas colecciones de diarios antiguos—dijo el señor Lillo, señalando los estantes de su biblioteca.—Si les pueden servir de algo, están a sus órdenes. Es siempre curioso rejistrar esas colecciones.

—Recorriendo al pasar la biblioteca, pudimos cerciorarnos de que el ilustre poeta sigue el movimiento literario contemporáneo y tiene entre sus libros lo mejor entre lo mas bueno de nuestros dias.

Al fin de la série de salones que abren unos sobre otros, está el comedor con sus muebles oscuros y en el centro una mesa donde el amable dueño de casa nos invitaba a servirnos dulces y una copa de vino jeneroso.

Allí charlamos todavia deliciosamente con el señor Lillo.

—Talvez estamos quitándole su tiempo...

—¿Quitarme el tiempo? ¡no, señor! yo soi un ocioso clásico, no tengo absolutamente nada que hacer y nunca